

De pequeña que miraba los programas infantiles animados que pasaban por los canales nacionales, despertó en mí una curiosidad y una atracción por el país que producía esas animaciones. Con el tiempo, esa atracción no hizo más que aumentar. Ya no sólo eran las animaciones, sino, la cultura, la sociedad, la historia.

Leía ávidamente todo lo que llegaba a mis manos que estuviera relacionado a Japón, preguntándome cuándo sería el día en el que tendría la oportunidad de ver con mis propios ojos lo que tanto había leído.



Esa oportunidad llegó en 2014.

Llevaba un par de años estudiando el idioma japonés cuando me enteré de la oportunidad de Fundación Japón a través de la Embajada del Japón en El Salvador de una experiencia de intercambio cultural por dos semanas en Japón. Por supuesto decidí aplicar. Me sometí al examen y a la entrevista y tiempo después fui seleccionada. Un sueño hecho realidad.

No se puede describir la experiencia con una sola palabra. Fue emocionante, divertida, impresionante... pero sobre todo enriquecedora.

Pude ver lugares y monumentos que sólo conocía en fotos: el deslumbrante Kinkakuji "El Templo del Pabellón de Oro" y Kiyomizudera "Templo del Agua Pura" en Kyoto. El imponente Castillo de Osaka y el alegre distrito de Shinsaibashi en Osaka; el templo de Todaiji y los lindos ciervos en Nara; el fresco bosque de bambúes de Arashiyama y las filas de Torii en el Santuario de Fushimi Inari, nuevamente en Kyoto; así como también el hermosamente bien conservado Santuario de Itsukushima con su famoso Torii y el impresionante Monumento de la Paz en Hiroshima.



No hace falta decir que pude disgustar de los platillos y comidas que se ofrecían en todas estas localidades, así como se ven, así de deliciosos son: Okonomiyaki, takoyaki, ramen, sashimi; los dulces japoneses o Wagashi: dango, kakikoori, manju, mochi... una delicia.

Junto a todo esto y gracias al programa, pude compartir con personas de varios países alrededor del mundo. Tener la oportunidad de intercambiar experiencias con ellos me enriqueció de manera que nunca hubiera imaginado.

Al regresar, no sólo mi maleta venía llena de objetos, libros y regalos, sino que yo también venía pletórica de recuerdos, experiencias y deseos renovados de continuar con el idioma japonés.

Un idioma nunca se deja de aprender y, al ser yo hispanohablante, con el japonés el reto es mayor, pero asimismo es la gratificación. Ver un kanji y saber leerlo, leer una oración y entenderla, son recompensas que el constante estudio del idioma japonés otorga.

Y eso es algo que siempre intento transmitir, no sólo a mis estudiantes, como profesora de Japonés, sino a todo aquél que desee aventurarse en el estudio de este hermoso idioma. Un idioma que inesperadamente

abre las puertas a toda una cultura y toda la historia de país que siempre admiré desde que era una niña viendo esos programas infantiles.



Así que, si usted que me lee, siente esa misma admiración y curiosidad, no queda más que invitarlo a seguir alimentando esa curiosidad con la lectura, con el aprendizaje del idioma japonés y con la participación a actividades promovidas con esmero y dedicación por ese maravilloso país llamado Japón.